

SANDRA ROMANDÍA ♦ DAVID FUENTES ♦ ANTONIO NIETO

# NARCO DOMIN

EL MONSTRUO QUE NADIE QUIERE VER  
PRÓLOGO DE HÉCTOR DE MAULEÓN

Grijalbo

# Narco CDMX

*El monstruo que nadie quiere ver*

SANDRA ROMANDÍA

DAVID FUENTES

ANTONIO NIETO

Prólogo de

HÉCTOR DE MAULEÓN

**Grijalbo**



## Prologo

### Imágenes del mundo oscuro

Junio de 2018. Aquel domingo, a la Ciudad de México la despertó una escena escalofriante: dos hombres cortados en decenas de pedazos fueron abandonados en el Puente de Nonoalco, al lado de una manta que advertía: “Empezó la limpia”.

El hallazgo ocurrió en la columna vertebral de la metrópoli: su avenida central. La calle que la cruza de norte a sur y da la impresión de partirla en dos. Era el corolario de una espiral de horror. El capítulo supremo de una guerra por la droga y la extorsión, en la que se mata, se entamba, se encobija y se descuartiza.

La Ciudad de México lleva años sumergida en esa espiral de salvajismo creciente, pero nunca se había visto nada como esto.

La gente miraba horrorizada el boletín de prensa que envió el crimen organizado: dicho mensaje anunciaba a los ciudadanos lo que ellos ya sabían y el gobierno capitalino se empeñaba en negar: las calles de la Ciudad de México han dejado de ser suyas y ahora pertenecen a grupos del narcotráfico.

Semanas más tarde, varios hombres se disfrazaron de mariachi en un local de República de Nicaragua y avanzaron en la oscuridad hacia la Plaza Garibaldi. Era la noche del 14 de septiembre de 2018. Luego de deambular por la plaza, se dirigieron a una “chelería” ubicada en la esquina de Honduras y el callejón de la Amargura. Ahí abrieron los estuches de instrumentos musicales que llevaban en las manos. En vez de guitarras y trompetas, extrajeron armas largas y abrieron fuego contra 11 personas que se hallaban a las puertas del lugar. Se escucharon gritos, súplicas. Un testigo oyó a uno de los asesinos gritar: “¡Por todo lo que debes, hijo de la chingada!”

Otro hecho nunca visto: 11 rafagueados en la Plaza Garibaldi, uno de los puntos turísticos por excelencia en la Ciudad de México.

¿Cómo llegamos a este páramo de sangre? Tres reporteros mexicanos se hacen esta pregunta: Sandra Romandía, David Fuentes y Antonio Nieto. Desde el fragor de la nota diaria, desde la urgencia de la vida de redacción, los periodistas remueven, escarban en el festín de sangre que el crimen organizado celebra en la Ciudad de México, en busca de un hilo conductor.

Al final, entregan un libro cargado de revelaciones.

Las señales de lo que el gobierno negaba —“hechos aislados”, “problemas entre vendedores de droga”, “venganzas entre delincuentes”—estaban ahí desde hace tiempo, hablando de un hecho mayor.

Según los autores de Narco CDMX, dichas señales aparecieron por primera vez de manera clara el 15 de diciembre de 2007. La guerra contra el narcotráfico emprendida por el gobierno de Felipe Calderón cumplía un año. Aquel día fue la primera madrugada de horror.

En las inmediaciones del aeropuerto aparecieron, en bolsas de plástico, las cabezas de dos empleados de Jet Service, una empresa de almacenamiento de carga aérea. Los cuerpos no estaban. Serían localizados más tarde en el Estado de México.

Aquellas decapitaciones, se sabría luego, eran la respuesta al decomiso de media tonelada de cocaína perteneciente al Cártel de Sinaloa y sus operadores principales: los hermanos Beltrán Leyva.

El hallazgo de las cabezas del aeropuerto, se lee en el libro, fue como “una gran pedrada sobre el agua de un lago, cuyas ondas empezaron a expandirse de adentro hacia fuera”.

El Cártel de Sinaloa era una de las organizaciones criminales con mayor presencia en la ciudad. Controlaba un punto crucial en la recepción de drogas procedentes de Colombia: el aeropuerto capitalino.

Para entonces, al menos dos cárteles, el de Juárez y el de Tijuana, habían mantenido relaciones constantes con grupos de narcomenudistas asentados, entre otros sitios, en Tepito.

El barrio bravo ha sido desde siempre “el gran centro neurálgico de la distribución de drogas” en la capital del país. Todo cambió a partir de mayo de 2010. Ésa es una de las grandes revelaciones de este libro. En ese tiempo, el operador principal y sicario de altos vuelos de los Beltrán Leyva convocó a una junta a los principales distribuidores de drogas de Tepito. Se celebró en una vecindad de la calle de Hojalateros. La idea era ponerse de acuerdo para reunir a todos en un solo grupo. Las consecuencias de aquella reunión fueron devastadoras para la Ciudad de México.

Los autores indican que entre los convocados se hallaba un ex policía judicial federal que usaba sus conexiones para dar protección a criminales de Tepito: Ricardo López Cas- tillo,

alias El Moco.

Y estaban también los hermanos Francisco y Armando Hernández Gómez, apodados, respectivamente, Pancho Cayagua y El Ostión. Los hermanos Hernández Gómez eran los principales distribuidores de droga en el corredor Insurgentes-Zona Rosa.

Cuando la junta terminó, había nacido La Unión Tepito. Antes de despedirse, La Barbie dio una orden a sus nuevos socios: deshacerse de las familias de narcomenudistas que se negaran a entrar en el acuerdo.

Esto ocurrió hace ocho años. A partir de aquella tarde, los nombres de Armando y Francisco Hernández Gómez “comenzaron a repetirse [...] como un eco”. El libro fija la primera incursión de La Unión Tepito en octubre de 2010.

Entre las familias que no estaban en el acuerdo se hallaba una que había estado ligada al narcomenudeo desde hacía muchos años: la Fortis Mayén, cuyo centro de operaciones era la calle Libertad.

En la fecha antes señalada, el cuerpo de Teresa Fortis Mayén, maniatado y con heridas de bala, fue abandonado en una calle de la delegación Gustavo A. Madero. De algún modo, todo lo que vino después se relaciona con este hecho.

Según los autores, a La Barbie debemos acreditar una segunda pesadilla urbana: el surgimiento de La Mano con Ojos.

Al ser detenido por fuerzas federales, La Barbie ordenó desde la cárcel que los territorios del entonces Distrito Federal y el Estado de México que habían pertenecido a los Beltrán Leyva fueran tomados por sus hombres para evitar que otros grupos criminales entraran en ellos.

Con esas instrucciones, en 2010 se llevó a cabo una reunión en un rancho del Ajusco. Asistieron personajes del sur y el oriente de la ciudad, así como narcotraficantes que operaban en Huixquilucan y Naucalpan, entre otros municipios mexiquenses.

En esa reunión, la voz cantante la llevó Óscar Oswaldo García Montoya, conocido como El Compayito, a quien más tarde se identificó también como La Mano con Ojos. García Montoya era un sádico ex policía de Los Mochis que había servido a los Beltrán Leyva. Confesó haber asesinado con sus propias manos a más de 300 personas.

La junta terminó con una determinación: absorber a los narcomenudistas de aquellos territorios y eliminar a quienes se negaran a sumarse a la Nueva Administración.

Entre el universo de células criminales se hallaba la de Felipe

de Jesús Pérez Luna, El Ojos. Este grupo cobró relevancia tras la captura del Compayito, y lentamente se apoderó de las operaciones criminales del sur y del oriente de la capital.

A lo largo de las páginas de Narco CDMX desfilan hechos que han estrujado la ciudad en la última década: la ejecución de 24 albañiles en La Marquesa; el secuestro de 13 jóvenes en el Bar Heaven; la estrategia de apoderamiento de la vida nocturna mediante el cobro de piso en los bares y en los antros; las ejecuciones del Bar Living y el Bar Black; la irrupción del narcomenudeo en Ciudad Universitaria; la ruptura de La Unión Tepito y el pleito a muerte entre sus líderes; el surgimiento de la Fuerza Anti-Unión; el reacomodo de los grupos criminales tras el asesinato de Pancho Cayagua, líder de La Unión, así como el abatimiento de Felipe de Jesús Pérez Luna, líder del Cártel de Tláhuac.

“La problemática actual relacionada con el narco en la Ciudad de México tiene sus raíces en tres acontecimientos significativos: la captura de Édgar Valdez Villarreal, La Barbie, en 2010; la creación, meses antes, de La Unión, así como los asesinatos de Felipe de Jesús Pérez Luna, El Ojos, y de Francisco Javier Hernández Gómez, Pancho Cayagua, en 2017. La lucha de esos capos por dominar los lugares estratégicos ha tenido en vilo a la Ciudad de México”, escriben los autores.

El periodismo narra, explica, aclara. Quita velos. Precisamente desde el periodismo, Sandra Romandía, David Fuentes y Antonio Nieto revelan el mundo oscuro que las autoridades, omisas o acaso coludidas, se empeñaron en ocultar.

Héctor de Mauleón

## El día que La Barbie paralizó Tepito

La tarde del 18 de mayo de 2010, Andrés Velasco, comandante de la Policía Judicial del Distrito Federal, recibió una alerta en su radio Nextel. Uno de sus elementos en el Operativo Tepito le avisó que algo inusual estaba sucediendo: unos 100 hombres con gorras negras bajaban de varios autobuses carreteros y se distribuían por las calles del barrio.

Eran aproximadamente las 15:00 horas y la cantidad de individuos apostándose de forma ordenada en las esquinas de Tepito llamó la atención. Al comandante Velasco le notificó lo sucedido un compañero que estaba con los operadores de las cámaras de vigilancia de la delegación Venustiano Carranza. Le detalló que los sujetos parecían tener muy claro dónde pararse, separándose de manera ordenada en grupos de cuatro o cinco. El comandante, que llevaba más de 30 años de servicio, decidió acudir al lugar con algunos de sus agentes.

En Tepito las cosas extrañas se vuelven un paisaje común, apenas perceptible, tanto para sus habitantes como para los

policías que han trabajado durante mucho tiempo en la zona. Pero esta vez la escena resultaba desconcertante no sólo por el número de hombres cuya insignia de identificación eran las gorras negras, sino porque al paso de los minutos no hicieron absolutamente nada más que estar de pie, sin platicar entre ellos, como si esperaran algo. Tampoco parecían demasiado atentos, a decir del comandante Velasco. No había señales de intranquilidad en su comportamiento. No portaban armas de fuego, al menos no a simple vista. Algunos traían cangureras o lentes de sol, nada más.

Cuando el comandante Velasco se dirigía al sitio en una patrulla de la procuraduría capitalina, el mismo agente que le dio aviso precisó que el grupo más numeroso de sospechosos se hallaba sobre la calle Ferrocarril de Cintura. Otros se colocaron en las calles Hortelanos, Panaderos, Mineros y Hojalateros, mientras los autobuses permanecían con los motores encendidos en el Eje 1 Norte, que marca el inicio del barrio desde Paseo de la Reforma, la avenida más simbólica de la Ciudad de México.

Velasco ordenó vigilar a distancia. Cada cinco minutos comunicaba novedades a sus superiores, incluyendo a Raúl Peralta Alvarado, quien tenía unos días de haber sido nombrado jefe general de la corporación por Miguel Ángel Mancera, entonces procurador de la ciudad. Velasco también reportaba a Carmen Núñez Vélez, titular del Estado Mayor Policial, el área de Inteligencia de la procuraduría. La instrucción era permanecer en “clave 6”, es decir, pendientes.

Sin embargo, las horas se fueron consumiendo sin que nada sucediera. Los hombres simplemente seguían ahí, indiferentes a las patrullas de la Secretaría de Seguridad Pública local que iban y venían, al paso constante de vecinos, comerciantes y taxistas. Las cámaras de la delegación los enfocaban, hacían acercamientos para detectar si portaban armas, se dirigían de un grupo a otro sin que sus operadores descubrieran algo ilegal. La incertidumbre comenzó a inquietar a los jefes de Velasco.

Después de que el jefe de gobierno Marcelo Ebrard colgó el teléfono tras hablar con su procurador, el nerviosismo se contagió a través de la cadena de mando. Pero el comandante Velasco llevaba tantos años en la policía que solía decir que la única persona que lo podía perturbar era su mujer. Había estado suficiente tiempo en Tepito como para tener decenas de informantes, pero esa tarde ninguno le contestaba la llamada. Ya habían transcurrido un par de horas y nada cambiaba. Velasco seguía reportando, pero cada vez con menos frecuencia. De pronto le pareció extraño que sus superiores le ordenaran, casi como advertencia, no comentar nada con personal de las autoridades federales. Entonces Velasco comprendió: los sujetos muy probablemente eran integrantes de un grupo de narcotráfico, pero “¿qué chingados estaban haciendo ahí?”, recordó en una charla para esta investigación.

Por fin, uno de los soplones de Velasco le contestó el teléfono. Se oía cortante y lo único que le dijo fue que varias personas se presentaron en dos vecindades de la calle

Hojalateros. Tres entraron y el resto se quedó afuera. No quiso precisar el número que marcaba la vecindad, pero Velasco sabía que en Hojalateros habían vivido algunos de los capos más notorios de Tepito. Él mismo había entrado en esos sitios muchas veces. Desde afuera, las viviendas se veían sucias, viejas, cavernosas, por las noches apenas las iluminaban los altares a la Santa Muerte y San Judas Tadeo. Adentro generalmente resguardaban cargamentos de aparatos electrónicos robados, joyas, animales exóticos, botellas de alcohol fino y, por supuesto, paquetes con cocaína o marihuana. Además, los departamentos que alguna vez alojaron a los capos durante su infancia, ahora eran oficinas con conductos secretos para conectarlas con otras viviendas, bajo resguardo de celosos sicarios y halcones. Algunas estaban equipadas como salas de juntas similares a las de cualquier empresa de medio pelo para arriba. Tenían largos sillones de cuero, mesas de caoba, pantallas de televisión, cocina y cantina con las bebidas más lujosas.

Velasco empezó a convencerse de que el grupo que llegó al barrio no iba a cometer ningún secuestro ni ningún asesinato, de otro modo lo hubieran hecho lo más rápido posible. Esa tarde no iba a haber balazos sino algo más relevante, aunque menos definitivo que la muerte que causan las armas: un pacto entre narcos.

Cuando la noche cayó en Tepito, el comandante Velasco recibió dos llamadas en un lapso de 15 minutos. La primera fue de su mando inmediato, quien le ordenó acercarse a los

sospechosos y averiguar algo, lo que fuese. Velasco delegó el mandamiento y dos de sus agentes a bordo de una patrulla de la procuraduría atendieron su solicitud. Un par de minutos después, uno de ellos le marcó a Velasco y le dijo algo que lo sorprendió: los individuos con gorra eran parte del equipo de un líder de comerciantes y aguardaban la orden de tomar el Eje 1 Norte para protestar contra algunas medidas del gobierno de Marcelo Ebrard contra el ambulante. Al menos eso les quisieron hacer creer, le recalcó el policía al comandante. Como el bloqueo de la vía no se hizo, ya sólo estaban esperando la salida de su patrón. Velasco preguntó si tenían acento de otra entidad del país, a lo que el judicial contestó que no, pero que definitivamente no eran del Distrito Federal, pues no supieron decir ni en qué calle estaban parados.

La segunda llamada llegó unos 15 minutos más tarde. La nueva instrucción era no volver a acercarse, “hacer 14”, es decir, retirarse y por ningún motivo asentar el hecho en ningún informe. Velasco se comunicó con un amigo del Grupo Especial de Reacción e Intervención y le preguntó si también a ellos les habían ordenado irse. Si a ellos los mantenían en sus puestos no significaría otra cosa más que un operativo. Pero su amigo le respondió que también debían retirarse e inclusive bromeó con la posibilidad de haber pasado a la historia como los policías que participaron en el tiroteo más cabrón que haya ocurrido en la capital.

A las 21:20 horas de ese 18 de mayo de 2010, las cámaras delegacionales captaron por última vez al grupo de hombres

con gorra. Ninguno usó su celular, el mandato se pasó de voz en voz: desaparecer de Tepito. Subieron a los autobuses y un reducido grupo hizo lo propio a una Caravan dorada y a una pick up blanca. Así como llegaron se fueron del barrio más estigmatizado de la Ciudad de México por su criminalidad heredada durante generaciones.

Días después, contó el comandante Velasco, vio al informante que le respondió el llamado cuando averiguaba qué hacían ahí los forasteros. Le confirmó que estaban cuidando a un *toro*, una expresión originaria del norte de México para referirse a un mafioso de alto vuelo. El soplón insistió en que se trataba del “mero *toro*”. Cuando Velasco lo presionó, su interlocutor cedió y le dijo a regañadientes el nombre del sujeto, como si hubiera esperado un pago por la información. “¿Quién era, pues?” “La Barbie, ese que trae vuelta loca a la federal.”

Édgar Valdez Villarreal, *La Barbie*, era uno de los narcotraficantes más buscados del país. De acuerdo con pesquisas de la PGR, el capo nació en Estados Unidos y vivió su infancia en Laredo, Texas. Colaboró con el Cártel de Sinaloa y después con los hermanos Beltrán Leyva, pero para 2010 ya tenía su propia estructura criminal y su ruta para importar cocaína desde Colombia: la ruta Panamá, como él mismo confesó a la PGR y la Policía Federal.

En diciembre de 2009, cuando mataron a su jefe Arturo Beltrán Leyva en Cuernavaca, La Barbie se enemistó con sus antiguos socios: Héctor Beltrán Leyva y Sergio Villarreal

Barragán, pues lo acusaban de no haber ayudado a Arturo en su enfrentamiento con los marinos. Cuatro meses antes de que lo detuvieran en el Estado de México, La Barbie fue a Tepito con una centena de pistoleros. Días posteriores al 18 de mayo de 2010, personal de la judicial adscrita a Cuauhtémoc 3 y Venustiano Carranza 3, las agencias ministeriales de la zona, se topó en sus patrullajes con agentes federales de Inteligencia. Merodeaban las cercanías a la vecindad donde La Barbie se internó con dos acompañantes. Querían estar al tanto de lo que había sucedido esa tarde tras las paredes derruidas de la calle Hojalateros. La procuraduría capitalina lo supo a la par que las instancias federales. Édgar Valdez Villarreal organizó una junta con los principales distribuidores de drogas en Tepito. El propósito era unificar a los grupos y las familias que dominaban el barrio.

La reunión duró unas seis horas, con recesos aderezados con una comida y brindis. Así lo relató el propio Valdez Villarreal, quien admitió que sólo conocía a uno de los asistentes: Ricardo Castillo López, *El Moco*, un expolicía judicial federal que comenzó a tratar en Nuevo Laredo, Tamaulipas, sin recordar la fecha, cuando La Barbie daba sus primeros pasos en el narcotráfico.<sup>1</sup> Según La Barbie, Castillo López era compadre de un importante miembro de Los Zetas y solía actuar como facilitador cuando algún miembro de la Última Letra tenía negocios en la capital.

<sup>1</sup> Averiguación PGR/SEIDO/UEIDCS/112/2010.

En la junta, donde había alrededor de 20 personas, se pactó una unión de las bandas delictivas de Tepito bajo el padrino de Valdez Villarreal, quien les surtiría cocaína y anfetaminas a un precio apenas por abajo del establecido en ese entonces: 180 mil pesos el kilo. La cocaína no era pura, estaba cortada y marcada por la gente de La Barbie. El capo también prometió compartir algunos de sus protectores en la PGR y la Policía Federal. Al parecer, lo que pretendía era tener una fuente de ingreso paralela y segura, pues la cacería en su contra emprendida por las autoridades le había dificultado pasar sus cargamentos a Estados Unidos. Además, la guerra que sostenía contra Héctor Beltrán Leyva le generaba pérdidas. El trato incluía no sólo la venta de droga, sino también una modalidad delictiva que hasta esas fechas no se había explotado en la Ciudad de México: el cobro de *derecho de piso*, es decir, una cuota que comerciantes y empresarios debían pagar como “protección” para que los dejaran trabajar.

Así, ese 18 de mayo de 2010 nació La Unión, banda criminal que se apoderó a sangre y fuego del mercado capitalino de estupefacientes. La conformaron los hermanos Francisco Javier y Armando Hernández Gómez; la familia Castro, cuyo líder, Jorge Castro Moreno, *El Abuelo*, estaba en prisión; los hermanos Romero Romero, quienes presumían relaciones cercanas con los líderes de comerciantes ambulantes vinculados con el PRD, y los hermanos Magaña, que dominaban desde hacía décadas el corredor de Insur-

gentes y la Zona Rosa. Las familias y bandas que no fueron incluidas en el trato se someterían al nuevo orden o las eliminarían.

Así ocurrió: el 1 de octubre de 2010, La Unión se adjudicó su primer asesinato. Para presionar a la familia Fortis Mayén —dedicada al narcomenudeo desde la década de los ochenta— a adherirse al nuevo orden, secuestraron y asesinaron a María Teresa Fortis Mayén, de 35 años de edad, y a Yéssica Crisostomo Rico, de 27. Sus cuerpos los encontraron al pie de la banqueta en la calle Tepalcatzin, en la colonia Santa Isabel Tola de la delegación Gustavo A. Madero. Estaban tendidas bocabajo, maniatadas y con cinta industrial en los ojos. Ambas recibieron el tiro de gracia.<sup>2</sup>

Un detalle que llamó la atención de los investigadores fue que los secuestradores, según testigos, portaban chalecos antibalas con la leyenda “Policía Federal”. Hasta el surgimiento de La Unión, en la Ciudad de México no era usual que los *levantones* (como se le conoce a la privación de la libertad de personas sin pedir rescate) los perpetraran hombres vestidos como agentes federales. A partir de 2010 sería una constante.

María Teresa vivía en el 138 de Libertad, una calle afamada por congregar a adictos a las drogas las 24 horas del día, de lunes a domingo. Vivía en unión libre con Miguel Salazar,

<sup>2</sup> Averiguación FAS/T2/841/10-09, iniciada en la procuraduría capitalina.

un individuo que había sido empleado del gobierno capitalino hasta principios de 2001. Yessica, por su parte, vivía en el 134 de Libertad y estaba casada con Jesús Nolasco, un prisionero del Reclusorio Oriente. La familia Fortis Mayén, así como otras consideradas tradicionales en el mapa del narcomenudeo en Tepito, nunca contó con la capacidad de fuego de La Unión, que de la noche a la mañana se hizo de un ejército de asesinos a sueldo. Una a una, las familias históricas tuvieron que ceder.

Veintiséis días después del homicidio de María Teresa y Yessica, La Unión dio otro golpe de autoridad. Eran las 18:30 horas cuando un grupo de jóvenes se reunió afuera de una tienda de abarrotes frente al 130 de Granada, esquina con avenida del Trabajo, en Tepito. Ese 27 de octubre llevaban esculturas de san Judas Tadeo y playeras alusivas al santo de las causas perdidas, cuya fiesta comenzaría a medianoche. Habían bebido cerveza y fumado marihuana. Estaban por partir hacia la iglesia de san Hipólito, ubicada en Paseo de la Reforma y avenida Hidalgo. Como ellos, miles de adeptos a san Judas peregrinan una vez al mes desde sus casas a san Hipólito en un acto de fe. Las andanzas de algunos de los creyentes rumbo a la iglesia se convierten, no pocas veces, en pretexto para convivir con los amigos, drogarse y consumir alcohol.

La tarde del 27 de octubre, aquellos muchachos no caminaron ni siquiera una cuadra en la peregrinación. Cuando estaban por partir, un comando armado los cercó y abrió

fuego contra ellos más de 100 veces.<sup>3</sup> Se usaron dos calibres: 9 mm y 223, este último perteneciente a rifles de asalto AR15. Seis de los muchachos fueron asesinados en el sitio, pero un sobreviviente fue detenido por la recién creada Policía de Investigación (PDI). Este joven reveló a las autoridades lo que sospechaban desde hacía unos meses: La Unión era una realidad que vaticinaba más muertes.

Irving Alexis Martínez Olvera, de 21 años, declaró que lo contrataron para conducir la camioneta en la que los sicarios llegaron al lugar, pero quedó en medio del fuego y resultó herido. Aseguró que a los gatilleros los dirigía Yair Altamirano Galicia, *El Yeyo*, y que el objetivo era matar a Óscar Jonathan Aguinaga Torres, *El Cholo*, líder de narcomendistas en la calle Granada.

Desde hacía algunas semanas, relató Irving, El Cholo estaba nervioso, dormía con una Glock 9 mm bajo la almohada porque vivía bajo amenaza de un nuevo grupo, La Unión, el cual había asesinado a dos mujeres del barrio, María Teresa y Yessica. La Unión le advirtió que por la marihuana sintética o hidropónica que comerciaba tenía que pagar una cuota por kilo vendido o de lo contrario debía cambiar de oficio. “Me dijo que el grupo que quería apropiarse de la venta de droga era La Unión, cuyos integrantes se dedican a la venta de protección a comerciantes”, afirmó Irving a los investigadores.

<sup>3</sup> Expediente FCUH/CUH-3/T1/1031/10-10.

A partir de entonces, los nombres de Armando y Francisco Javier Hernández Gómez, cabecillas de esta nueva organización delictiva, comenzaron a repetirse en las indagatorias como un eco. Armando Hernández Gómez, *El Ostión*, y Francisco Javier Hernández Gómez, *Pancho Cayagua*, vivirían a la postre la parábola del narco: un ascenso veloz hasta la cumbre de la mafia capitalina y una caída inevitable marcada siempre por muertes propias y ajenas.

# EL NARCO INUNDA EL PAÍS... ¿EXCEPTO LA CIUDAD DE MÉXICO?



Por increíble que parezca, ése ha sido el discurso oficial de todos los gobernantes que ha tenido la capital del país. Ningún jefe de gobierno, nunca, ha aceptado que los cárteles campean en el corazón de México.

Este libro los refuta y evidencia el problema. Caso a caso, documenta qué grupos se pelean las 16 alcaldías, cómo operan, qué está en juego y de qué tamaño es el monstruo que las autoridades se niegan a ver. Aquí está todo.

Así, *Narco CDMX* demuestra que, en el ajedrez del crimen organizado, la Ciudad de México juega un rol muchísimo más importante de lo que se pensaba. Y alerta: seguir ignorando el desastre pone en riesgo la viabilidad de toda la nación. Es la última llamada.

POL064000 CIENCIA POLÍTICA  
CORRUPCIÓN Y MALA CONDUCTA

ISBN 978-607-317-652-1



9 786073 176521

Grijalbo

 megustaleermexico  
 megustaleermex  
 megustaleermex  
[www.megustaleer.mx](http://www.megustaleer.mx)

DISPONIBLE EN EBOOK